

UNA VOZ CELESTE

Celeste, sí, porque es la voz de una mujer que canta con emoción verdadera; lejana, porque su mensaje lírico nos llega desde el extremo austral donde titilan las luminarias eternas de la Cruz del Sur. En ella Helga Villagrán, maestra que ejerce su magisterio en el British School y en la Escuela Industrial de Punta Arenas, donde también otra maestra y poetisa insigne —Gabriela— iluminará con su presencia y su palabra las aulas del Liceo de Niñas de la capital magallánica, llamada "Ciudad de los monumentos".

Helga Villagrán pulsaba, furtivamente, su lira desde niña en su patria querida y remota: Villa Alemana. Tal vez entonces ya acudaba un seudónimo —Pimientito— para firmar sus versos y enviarlos a un diario, a una revista o a algún concurso de poesía. Pero era tímida y no se atrevía a dar a conocer sus poemas y los guardaba entre sus cuadernos de estudiante, como se oculta un tesoro. Y lo era en verdad, temero de palabras aladas, de emociones íntimas, de sueños de muchacha que presentía las lides de los días por venir, los arcanos del amor, las alegrías y los desencantos de la vida, plena en sus manifestaciones de profundos y desconocidos orígenes.

Es posible que nunca tengamos la oportunidad de conocer esas producciones y quedos inéditas e ignoradas entre los papeles condenados al olvido y al polvo del tiempo. Por eso ha tardado tanto en incorporarse al mundo de las letras con este su primer libro: "La hora detenida" (Talleres HERSAPRINT, Punta Arenas, 1974).

Su poesía, sencilla, emotiva, de claro acento melancólico, profunda y dolida en la confidencia y en los recuerdos, nos entrega desde las primeras páginas las revelaciones de aquellos momentos en que las palabras quebraban su silencio y descendieron aunque a medias, es cierto, el velo que oculta los episodios más interesantes de su laboriosa existencia.

El poeta y maestro Marino Muñoz Lagos, su prologuista, ha calado con acierto, en el libro, este aspecto que nos preocupa. Dice el autor de "El autor invisible" (Antofagasta, 1963): "... aunque Helga Villagrán no lo crea, estos mandamientos celestes de todos los días forman con sus haces de luz el simple, alto y sorprendente destello de la poesía".

En verdad, la aseveración del insuperado mulchero ha sido fundamentada con acierto. Basta echar una ojeada al recorrido de las manecillas de este reloj de Helga, que nos señala en la portada "la hora detenida" y que no es precisamente una fracción de tiempo inamovible, aprisionado bajo el cristal protector de la esfera celeste, sino "Ella, solitaria, dolida de su inmensa soledad, "retratándose en las luces de los astros" en esta hora plena y verdadera del anochecer... Y es entonces cuando aprieta su corazón, abre la ventana del recuerdo y canta:

"Cuando renaca el verano/ y el sol/ forma arcos/ en la lluvia/ estarán aquí mis hijos.

"Nos sentaremos a la mesa/ como siempre/ repartiendo el pan y las palabras.

"Mi madre bendecirá/ los alimentos/ y ellos volverán a ser tan niños/ como cuando peinaba sus cabellos/ y paseaba entre sus lechos/ mi ternura".

(ELLOS)

Poesía sencilla, limpia, pero dolida como un largo sollozo de mujer enamorada, expresado en distintos acentos, es ésta que Helga Villagrán nos entrega en su libro. En él ha recogido los simples motivos familiares, los recuerdos de las bondades terrenas, los cantos emocionados y puros de Eternidad, las anécdotas, tan

breves, de Nostalgias, y su periplo íntimo pero revelado en un instante supremo, en torno del Amor son cinco facetas de su vida de muchacha, de esposa, de madre, de mujer atormentada por la soledad que aniquila el ánimo, por abandonos, presentidos o reales, por las saudades infinitas de quien ve en los horizontes lejanos de felices ayeres los días luminosos que ya no será posible encontrar en las dérbitas múltiples del destino, porque el tiempo y la eternidad no retornan sino en la emoción gloriosa del poeta. Helga lo sabe, y lo siente profundamente, y lo expresa en esa como liberación de sus recuerdos:

"La última cita/ deshojó sus flores/ cuando la noche/ se pagó en la espera.

"Así de simple/ se fue esfumando/ en la danza sin fin/ del misterio.

"Tardanza eterna.

"La vieja pena/ florece en la vigilia/ como el hielito gris/ de los inviernos".

(LA ESPERA TRUNCA)

O en la confesión humilde y resignada de mujer que confía en renacer todo aquello que desbarró el tiempo que todo lo destruye y que jamás se detiene:

"Tu y yo/ podríamos juntar un día/ nuestras ruinas/ y erigir con ellas/ un altar a los recuerdos.

Podríamos reconstruir/ las pisacas/ que alguien/ por algún motivo destruyó/ y unir todo aquello/ en la serena placidez/ del tiempo madurado.

"Tu y yo/ en un imposible intento/ de alcanzar la dicha/ podríamos quizás/ un día/ florecer entre las ruinas/ y amar de nuevo/ como la primera vez".

(TU Y YO)

Así es la poesía de Helga Villagrán, emocionada y clara; una voz auténtica de mujer que ha vivido plenamente y ha recorrido un largo camino y que se nos hace presente como una imagen desvanecida en el ventanal que empuja la lluvia, en los momentos en que se apresta para despedirse de su hijo que va a partir: "Cada largo es el invierno/ cuando la luna enciende/ su plata en mis cabellos".

Aquí está ella, en estos versos, como en el breve esbozo de una tanka o de una imagen fugaz difuminada en la lluvia que cae en su ventana, y acaso se confunde con sus propias lágrimas.

Juan de Almonacid



Helga Villagrán



Juan de Almonacid



Una voz celeste [artículo] Juan de Almonacid.

Libros y documentos

AUTORÍA

Almonacid, Juan de

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una voz celeste [artículo] Juan de Almonacid. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile